ventud, apoyo de la vejez, guía cariñosa de los que han perdido la razón y consoladora de todos los que padecen! ¡Quiera el cielo que ningún enfermo sufra y muera sin recibir los auxilios que su estado reclama; que en ningún hospital se le pregunte de dónde es para recibirle; que sobre la puerta de todos se escriba el hermoso lema que leemos en el de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza: Urbis et orbis domus infirmorum!

## PARTE SEGUNDA.

LA BENEFICENCIA, LA FILANTROPÍA Y LA CARIDAD.

## CAPÍTULO PRIMERO

PRINCIPIOS QUE CONVENDRÁ SEGUIR PARA EN-LAZAR LA CARIDAD PRIVADA CON LA BENE-FICENCIA PÚBLICA.

Nada hay en la vida moral, social y política de nuestro siglo que no sea transitorio; donde quiera que nuestros ojos se vuelven, hallan el esqueleto de lo que no vive ya, el germen de lo que no vive todavía. Para llenar el abismo que separa la sociedad que se acabó de la sociedad que empieza, los creyentes acuden con su fe, los visionarios con sus delirios, los pensadores con sus sistemas, la humanidad entera con sus lágrimas, y el abismo parece tragar todo lo que

se le arroja. Unos quieren vivir en los vanos recuerdos de lo pasado, otros en las prematuras esperanzas del porvenir; pasan las generaciones sin que ninguna parezca decir: esta época es la mía. Todo el que no está muy degradado se vuelve hacia alguna parte, pidiendo para su cabeza ó para su corazón alguna cosa que el siglo no puede darle. Los espíritus elevados, que no transigen con la indiferencia, con la duda; que han menester la fe, la afirmación, el sistema, son partidarios de lo que fué, ó de lo que será. El presente revela, por la anarquía en las ideas, por la interinidad en las cosas, esa gravitación hacia el pasado ó hacia el porvenir que caracteriza al genio en el siglo XIX.

Los sistemas, las instituciones, las leyes todas prueban que no hay nada definitivo en la vida social, y la Beneficencia en España se resiente en gran manera de este estado transitorio.

Han desaparecido los conventos, á cuyas puertas hallaba sustento el miserable. Los reyes, los grandes, los ricos no fundan hospitales, ni los dotan á su muerte para que esta santa obra pueda contribuir à la remisión de sus pecados.

La caridad oficial que se llama Beneficencia ha sustituído á la caridad que, sostenida por el

espíritu religioso, auxiliaba á los enfermos y á los necesitados. El Estado, representante de la nueva sociedad, ha recibido de la que se extingue la sagrada misión de amparar al desvalido. ¿Y cómo llena esta misión santa? La llena de tal modo, que hace sospechar que le falta el conocimiento de sus deberes, ó la voluntad de cumplirlos. La primera suposición nos parece la más probable. El Estado ensaya, prueba, duda sobre Beneficencia, como sobre todas las cosas; solamente que estos ensayos, y estas pruebas, y estas dudas son más fatales, son horribles, porque tienen por consecuencia dejar sin auxilio al necesitado, sin amparo al desvalido.

¿Qué ve el hombre de corazón que mira en derredor de sí para aliviar la suerte de sus hermanos enfermos ó miserables? No permita Dios que calumniemos á nuestra patria ni á nuestro siglo. Al buscar medios de aliviar á la humanidad doliente, hemos hallado todos los elementos necesarios para tan santa obra. ¿Dónde y cómo están? Dispersos, ignorados, informes, como están las columnas, las estatuas, las cúpulas en una roca, antes que el genio del hombre les diga:-Levantaos y formad un templo.

Allí la caridad oficial hace el bien sin amor;

acá la caridad privada hace el bien sin criterio; en otra parte las asociaciones caritativas obran en un círculo estrecho, aisladas entre sí y de la caridad oficial y privada, sin tendencia al proselitismo y á la expansión.

Por donde quiera, restos que se desmoronan, embriones informes, locas esperanzas de poderlo todo, cobardes temores de impotencia, voluntades sin poder, poderes sin voluntad, impulsos sin dirección, dirección sin fuerza, duda, confusión, desconfianza; por donde quiera, en fin, separadas en mal hora la Beneficencia, la Caridad y la Filantropía. Nos parece oportuno consignar aquí la significación que para nosotros tienen estas tres palabras, que habremos de emplear muchas veces.

Beneficencia, Filantropía, Caridad.

Beneficencia es la compasión oficial, que ampara al desvalido por un sentimiento de orden y de justicia.

Filantropía es la compasión filosófica, que auxilia al desdichado por amor á la humanidad y la conciencia de su dignidad y de su derecho.

Caridad es la compasión cristiana, que acude al menesteroso por amor de Dios y del prójimo.

Es consolador que los hombres pensadores

hayan comprendido todo el mal que viene de que estas tres grandes fuentes de consuelo corran en distintas direcciones. La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas consigna este hecho, de una triste evidencia para todos los que han pensado en la materia:

La caridad privada y la Beneficencia pública están separadas.

Luego afirma una verdad, que, generalizada. podrá ser origen de grandes bienes.

Es preciso enlazarlas.

¿Bajo qué bases? He aquí el problema, para cuya resolución hace un llamamiento á las inteligencias que en estas cuestiones se ejercitan. Cuatro son los principios que, en nuestro concepto, deben seguirse para enlazar la caridad privada y la Beneficencia pública.

1.º Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible.

2.º La sociedad no comprende su alta misión, si cree llenarla con solo hacer bien material.

3.º El Estado, aislándose de la caridad privada, no puede auxiliar debidamente ni el cuerpo del menesteroso ni su alma.

4.º Existen en la sociedad los elementos ne-

cesarios para consolar todos los dolores; no hay más que armonizarlos.

Todas las medidas que tiendan á poner en armonía la caridad privada y la pública deben, en nuestro concepto, ajustarse à estos sencillos principios, que desenvolveremos por el orden en que los hemos enunciado.

I.

Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible.

Se experimenta una dulce satisfacción cuando al formular una verdad consoladora, esta verdad está en la conciencia de todos y no es menester probarla.

LA CARIDAD ES UN DEBER. Esto no es ya solamente un precepto religioso; es una verdad filosófica, un axioma moral, una irresistible tendencia de la sociedad que empieza. Con motivo de un grave mal que remediar, ó de un gran bien que hacer, convocad hombres de todas clases y opiniones, un demócrata y un absolutista, un millonario y un artesano, un ateo y un creyente: la forma de sus razonamientos variará mucho;

los medios que propongan para alcanzar el fin propuesto serán también diferentes; pero todo lo que digan todos partirá de esta verdad y volverá á ella: La CARIDAD ES UN DEBER.

La indiferencia para los males de nuestros semejantes no revela ya sólo dureza en el corazón, sino extravío de la inteligencia: al hombre cruel no le falta solamente sensibilidad y espíritu religioso, sino razón. La tendencia al bien se encarna cada día más en el hombre civilizado, pasa del corazón á la cabeza, y estamos tocando la época en que las leyes del mundo cristiano derivarán de este principio: LA CARIDAD ES LA JUSTICIA.

El filósofo ve en la caridad un elemento de bienestar, el político un elemento de orden, el artista un tipo de belleza, el creyente la sublime expresión de la voluntad de Dios. Es como la aurora; cada viviente la saluda en su lenguaje, pero no hay ninguno que deje de saludarla.

Elegid un hombre que haya dado repetidas pruebas de no tener más que cabeza: siendo inteligente, es caritativo, obra al menos como tal. Elegid un pueblo que haya adquirido una terrible reputación de dureza en los combates, y vedle cuidar con esmero à los que no le dan cuartel.

Ese soldado que sirve de apoyo al enemigo herido, para conducirle al hospital, ¿es un Fray Bartolomé de las Casas? Ese médico que le cura, que tal vez sufre paciente sus denuestos, ¿es un San Vicente de Paúl? No, ciertamente. Son dos hombres como hay otros dos mil, otros doscientos millones. Dos hombres razonables nada más, y cuya acción, que parecería increíble hace algunos siglos, pasa desapercibida en el nuestro. Donde quiera que hay una gran desgracia que consolar, y un hombre que tome la iniciativa para consolarla, acuden de todas partes auxilios, y la desgracia se consuela. Si son necesarios sacrificios pecuniarios, no todos los hacen espontáneamente, ni por el amor de Dios y del prójimo; pero el mismo que los llora no se atreve à negarlos. ¿Por qué? Por compromiso, por no chocar, por no ser menos que los demás. ¿Quién impone este deber, que no está escrito en ninguna parte? ¿Quién ejerce sobre los egoístas esta saludable coacción moral? La opinión. La caridad, con este ó con el otro nombre, está en la opinión, y lo está más cada día. Miremos en torno nuestro, y la veremos penetrar en la choza del pastor, en el taller del artesano, en el palacio del magnate: la veremos tomar el pedazo de pan negro que el

pobre da al que es más pobre todavía, arrancar al capitalista avaro sus billetes de banco, y à sus pueriles placeres á la dama aristocrática. Las grandes señoras acuden á los niños sin madre, á las mujeres sin reputación, à los reos que van à morir. La caridad modifica la dictadura de los tiranos; ¿qué más? llega al corazón del pueblo en el momento mismo en que le agita la furia de las pasiones políticas. ¿Desde cuándo sucede todo esto? No más que desde ayer. Debemos esperar mucho para mañana.

Si la caridad está en la opinión, y no puede dudarlo sino el que no la estudie, es evidente el deber que tiene el Estado de hacer á los necesitados la mayor suma de bien posible, porque en principio sería más fácil negar la obligación de hacer bien, que sostener que puede hacerse á medias sin faltar á un deber sagrado.

Supongamos que una noche de Enero hallo á la puerta de mi casa un hombre aterido, sin movimiento, sin sentido, casi sin vida. Si soy una vil criatura, podré inventar qué sé yo qué horribles sofismas, con que imagine probarme que no tengo obligación de recoger á aquel infeliz; pero como quiera que yo sea, si admito por un momento el deber de ampararle, ni especioso razonamiento ni sofisma hallaré para probar que cumplo con llevarle al portal de mi casa, y que no estoy obligado à darle calor, alimento, lecho, y todo aquello, en fin, que esté en mi mano y pueda contribuir á su alivio.

Así, pues, la acción de dejar á un desvalido que sucumbe sin amparo parece una horrible locura; la de prestarle un socorro hipócrita é insuficiente, parece un crimen de lesa humanidad, porque no es tan culpable el que desconoce su deber, como el que le acepta y le pisa.

El Estado reconoce la obligación de amparar al desvalido; ¿ cómo se atreverá á negarla en el siglo XIX? Luego el Estado reconoce también el deber de que este amparo sea tan completo como fuere necesario y posible. El hecho de establecer un hospital, lleva consigo el derecho que el enfermo tiene de hallar en él cuanto su estado reclame. El abandono cruel, pero franco, de dejarle en medio de la calle, sería mil veces preferible al abandono hipócrita de llevarle á un hospital en que no reciba los cuidados que necesita. Por la calle pasaría alguna criatura compasiva que se moviese à piedad; por el hospital mal organizado nadie pasa, ni allí tiene entrada la compasión.

Admitido el principio, que nadie se atreve á negar, de que el Estado tiene obligación de amparar al enfermo pobre y al desvalido, la lógica y el sentimiento sacan esta imprescindible consecuencia: Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible

## II.

La sociedad no comprende su alta misión, si cree llenarla con solo hacer bien material.

Si nuestros establecimientos de Beneficencia fueran lo que están muy lejos de ser; si tuviesen locales propios para el objeto, camas limpias y cómodas, esmerada asistencia, facultativos inteligentes, todavía no habrían cumplido sino una parte de su misión.

El niño abandonado por su madre á la puerta de la Inclusa ¿no necesita más que vestido y alimento? ¿ No ha menester el alimento del alma, que se llama educación? ¿ Es educarle acostumbrar sus manos à ciertos movimientos, enseñarle un oficio? ¿El enfermo, el anciano no deben recibir consuelos y lecciones al mismo tiempo que cuidados materiales?